

Reconfiguración agroecológica en Jalisco: una transformación que va de lo personal a lo colectivo

Norma Helen Juárez¹

Resumen

El presente texto es una narrativa autoetnográfica que, busca mostrar la forma en que las experiencias de vida, la historia familiar y los eventos históricos de la niñez y adolescencia, moldearon un determinado interés por encontrar vías de comprensión y acción para incidir en procesos de cambio social. El discurso de la agroecología y el encuentro con algunos actores clave, fueron factores que me llevaron a interesarme en el estudio de los procesos de transición hacia la sustentabilidad rural y la agroecología en el Estado de Jalisco al occidente de México. En este ensayo describo algunos resultados de mis primeros estudios, así como el surgimiento de una autocritica sobre mi forma de hacer investigación. Bajo este análisis presento la manera en que reconfiguré mi forma de involucrarme como investigador-actor en los movimientos locales de promoción de la agroecología. El texto concluye con una reflexión en defensa de una investigación transdisciplinar, participativa y con compromiso social, así como una valorización de los métodos autoetnográficos como herramienta para la comunicación de procesos de investigación.

Palabras clave: Autoetnografía, agroecología, transdisciplinariedad.

Abstract

This is an autoethnographic narrative that seeks to show the way in which life experiences, family history and historical events of childhood and adolescence shaped a determined interest in finding ways of understanding and action to influence processes of social change. The discourse of agroecology and the meeting with some key actors were factors that interested me in the study of agroecological transition processes towards rural sustainability in the State of Jalisco in western Mexico. In this essay I describe some results of my first studies, as well as the emergence of a self-criticism about my way of doing research. Under this analysis, I present the way in which I reconfigured my way of getting involved as a researcher-actor in local movements for the promotion of agroecology. The text concludes with a reflection in defense of a transdisciplinary, participatory and socially committed investigation, as well as an appreciation of autoethnographic methods as a tool for the communication of research processes.

Keywords: Autoethnography, agroecology, transdisciplinarity.

¹ Profesor investigador de la Universidad de Guadalajara en el Centro Universitario del Sur. E-mail: helen.juarez@cusur.udg.mx, helen.juarez.22@gmail.com.

Raíces

Soy originaria del pequeño poblado de Santana Xamimilulco, municipio de Huejotzingo Estado de Puebla en el centro de México. Mi madre, hija de campesinos, con mucho sacrificio estudió su licenciatura en contaduría pública. Cuenta que en aquel entonces “no había trabajo” y el poco que había estaba “mal pagado”. Siendo madre soltera, decidió probar suerte en Guadalajara, ciudad donde ya vivía una tía hermana de mi abuelo materno. Vivimos por 8 años en casa de mi tía abuela quien tenía dos hijas y un hijo que a mi llegada estaban cursando la educación media superior y la universidad.

Tanto mi tía como su esposo, se convirtieron en figuras de afecto y autoridad. Es por eso, que guardo recuerdos gratos de mi niñez en convivencia con ellos hasta el último de sus días, ambos fueron una madre y un padre para mí. Mis tíos llegaron a Jalisco a inicios de la década de 1950; dejaron nuestro pueblo en busca de mejores oportunidades. En Guadalajara ya vivían algunos de los hermanos mayores de mi tía abuela, quienes se dedicaban a la comercialización de alimentos. Eran lo que llamamos: “coyotes” es decir intermediarios que compraban las cosechas en la huerta o parcela para llevarlos al mercado de abastos de Guadalajara, lugar donde se hacía el acopio y distribución de alimentos país para su comercialización al mayoreo o menudeo. Mis tíos se especializaron en el comercio de jitomate, la venta de este cultivo les dio para vivir bien y hacer un buen patrimonio para la familia. Decían, que eran otros tiempos, en donde “el dinero sí valía”. Ellos ofrecían su mercancía en el mercado Alcalde desde antes de su construcción en 1962 (TORRES, 1999). Éste fue uno de los mercados de mayor movimiento económico en la ciudad. Un sólo puesto del mercado daba empleo e ingreso a toda una familia. Los habitantes, tiendas y restaurantes de la zona centro eran los principales clientes del mercado. Por muchos años fue uno de los principales centros de abastecimiento de alimentos frescos para habitantes y negocios de la zona.

Este mercado estaba muy cerca de mi escuela primaria, así que todas las tardes después de salir de clases, llegaba a este lugar. Ahí aprendí que la mejor forma de comercializar un producto es clasificarlo por tamaños: los grandes, son de mejor precio que los pequeños; por variedades, por ejemplo: el jitomate salade o el jitomate bola; y por consistencia: de los más maduros y frescos se separaran de los más blandos, que se venden a menor costo. Esta simple clasificación daba alternativas para la elección de un mismo producto que podría responder a

distintas necesidades. El diálogo con el consumidor era muy importante, cuando los precios salían de lo normal, siempre se tenía que dar alguna explicación al cliente. Recuerdo frases como: “este jitomate viene de sonora”, “este viene del sur de Jalisco”, “este es de invernadero”. Si el jitomate tenía alguna peculiaridad, daño en su color o piel, había que explicar al cliente “este llegó así porque le cayó el granizo”, “está caro porque el temporal y la lluvia arruinaron las cosechas”, entre otras explicaciones. Cada cliente en la compra de un kilo de jitomate tenía gratis una reseña de los problemas del campo, los efectos de la situación climática o el impacto de la demanda internacional en el precio del jitomate.

Con el paso de los años el centro de la ciudad, se llenó de oficinas y negocios. Muchos de los que aún viven en zona centro comienzan a ser absorbidos por las distancias y el ritmo acelerado de la ciudad. Los clientes más fieles de este mercado eran las personas mayores que crecieron en las cercanías y se resistían a comprar sus alimentos en centros comerciales o tiendas de autoservicio. Es por eso, que estos lugares en las últimas décadas incrementaron de manera exponencial su presencia en toda la Zona Metropolitana. Actualmente, por cada mercado municipal existen 15 tiendas de autoservicio las cuales, a diferencia de los mercados municipales que suelen ser de horario matutino, ofrecen sus productos de 8:00 a 21:30 hrs. y en el caso de algunas cadenas de autoservicio hasta 24 horas al día.

La saturación de cadenas comerciales como Walmart, Soriana, Chedraui, Superama, Oxxo, etc. Así como el comercio informal en las calles, han hecho que los mercados municipales que ofrecen alimentos frescos sean menos rentables para las familias que dependen de esta fuente de empleo. El mercado Alcalde pese al ritmo de la vida moderna y la falta de una modernización de sus instalaciones, se resiste a desaparecer. Aún siguen siendo espacios de encuentro y fuente de empleo para más de 300 familias. Para mí, es más que un mercado, fue mi primer acercamiento al mundo del comercio de alimentos frescos, el diálogo y generación de vínculos entre consumidor y comerciante. El mercado es un recuerdo de la infancia que me hace valorar el trabajo duro y disciplinado de muchas familias. Pero, sobre todo, el recuerdo de mis queridos tíos, mis maestros en el arte de la comercialización y la buena atención a un cliente.

La entrada del libre comercio y las políticas neoliberales...

El inicio de la década de 1990 marcó una época llena de tensiones sociales. En esta época Jacobo Zabludovski fue el conductor del noticiero más popular que anunciaba todo tipo de

calamidades, la guerra del Golfo Pérsico, las devaluaciones, la entrada de políticas neoliberales, la pérdida de los tres ceros a la moneda, el asesinato de Luis Donaldo Colosio, fraudes electorales (aunque Jacobo no les llamaba así), entre otros. Todos eran eventos perturbadores que hacían del noticiero oficial de televisa, una ventana a la descomposición del sistema. En particular recuerdo bien los comentarios en torno a la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) mi papá siempre se quejaba. Él que fue un campesino nunca estuvo de acuerdo en que los agricultores mexicanos tuvieran que competir con la agricultura de Estados Unidos.

Pese a todas las críticas y movimientos sociales en contra de los acuerdos de libre comercio, Carlos Salinas de Gortari fue el presidente que logró desarmar la Constitución Mexicana para permitir la introducción de las políticas neoliberales. El movimiento zapatista que se levantó en armas en respuesta a estas reformas neoliberales, se veía lejano; como una cuestión de pueblos indígenas. Aunque en casa parecía haber empatía con su causa, decían: –pobres indios, ya están hartos de vivir en la pobreza–. En nuestras mentes colonizadas poco se entendía que en realidad era una lucha por detener la injusticia, una lucha por el territorio que es de todos. Parecía que en este país los políticos hacían lo que querían, era mi conclusión después de escuchar comentarios como: “todos los gobiernos son iguales”, “son una bola de corruptos”, “no les interesa la gente”, “ya no les creo a nadie”. A mis 13 años no entendía lo que pasaba, pero percibía la desconfianza y la incertidumbre.

En 1996 llegaron al mercado los jitomates más grandes y bonitos que jamás había visto, venían empacados en cajas de cartón, rotuladas en inglés. Era mercancía de exportación que según los parámetros establecidos por el gobierno de Estados Unidos no pasó los estándares de “calidad”. Mi papá decía que “estaban muy buenos” los gringos no los quieren porque “son unos exagerados”. Comimos estos jitomates y los clientes se los llevaban satisfechos “era mercancía de exportación”. En ese tiempo no se pensaba en las implicaciones ni riesgos a la salud de un alimento que contuviera trazas de insumos agrotóxicos.

Con el incremento de las exportaciones a Estados Unidos los agroempresarios y productores mexicanos debieron acatar las normas de inocuidad y lineamientos de sanidad vegetal estipulados por las agroexportadoras extranjeras. Para el comercio interno de alimentos frescos en México, no se cuenta con un órgano regulador que monitoree la calidad de los productos que circulaban a nivel nacional, por tanto, los productos de exportación rechazados en

la frontera terminaban en el mercado nacional como productos de aparente primera calidad. Actualmente en México están autorizados 183 ingredientes activos de plaguicidas altamente tóxicos para uso agrícola e industrial (BEJARANO, 2017, p. 75).

De estudiante a globalifóbica

Ingresé a la Lic. en Psicología en el año 2000, consideré que esa era mi vocación y con el paso de los semestres me identifiqué fuertemente con la psicología social. Los primeros proyectos de investigación por interés propio los realicé a inicios del 2003; en aquél entonces quería conocer lo que sabían las personas sobre los tratados de libre comercio, así como identificar si las personas podían distinguir sus efectos en la vida cotidiana.

Mi interés por temas relacionados a los efectos del libre comercio, era un reflejo de, un sentimiento de inconformidad, percibido desde niña y materializado, con lo que después sucedería en casa. En 2003 estaba en sexto semestre de la carrera, para entonces mi madre llevaba más de quince años trabajando en la empresa *Grupo Interpunto México*, por décadas fue una de las empresas textiles más competitivas y exitosas en México. Con el ingreso a los tratados de libre comercio ésta comenzó a perder competitividad frente a la importación de calcetines chinos. A principios de 1990 esta empresa contaba por lo menos con mil 300 empleados y producían alrededor de 12 millones de pares de calcetines al año (QUINTERO, 2005). Además de su famosa línea de calcetines Periquita. Así también, maquilaba para otras marcas importantes, entre ellas recuerdo a Adidas, Nike, Cristian Dior, Náutica y Disney. Para 2003, el número de empleados había sido reducido dramáticamente, en un esfuerzo por sobrevivir frente a la apertura de mercado y la entrada masiva de calcetines provenientes de China.

Antes de la entrada en vigor de los acuerdos de libre comercio, en Jalisco por lo menos existían 120 empresas productoras de calcetines (QUINTERO, 2005). A partir del año 2000 estas empresas comenzaron a desaparecer lentamente, incapaces de competir frente a un producto de menor calidad, pero también, de menor precio. La empresa donde trabajó mi mamá llevaba tres generaciones de existencia, sin embargo, la apertura comercial la dejó fuera del mercado. En el 2005, la empresa se declaró en quiebra y despidió a todo su personal. Algunos trabajadores tenían más de 60 años de edad de los cuales, los últimos 30 años habían laborado en esta empresa y lamentablemente de un día para otro perdieron sus empleos. Con un sindicato

debilitado y sin posibilidades de organización, estas personas perdieron toda posibilidad de lucha, para recuperar una indemnización justa o alternativas para tener una jubilación digna.

Los estragos en la economía nacional producto de la firma del TLCAN ya se podían percibir desde finales de la década de los noventas. A principios del año 2000 era muy intensa la discusión en torno a la firma del Área de Libre Comercio de las Américas o mejor conocido como ALCA. Para mí, era importante colaborar con acciones de información a la población, como es la recolección de firmas, participar en manifestaciones, etc. Durante el último semestre de la carrera me involucré en la organización de las actividades de protesta pacífica que se realizaron en el marco de la Tercera Cumbre de Mandatarios de América Latina y el Caribe los días 26, 27 y 28 de mayo del 2004 en Guadalajara. Al comprometerme con la vía de la protesta entré al grupo de activistas catalogados como “globalifóbicos” término peyorativo utilizado por el expresidente Ernesto Zedillo para referirse a las personas que se movilizaban en contra de los Acuerdos de libre comercio.

El 28 de mayo de 2004 se realizó una marcha multitudinaria que concluiría con un pronunciamiento desde las organizaciones civiles. Sin embargo, esta terminó en un acto de provocación hacia los policías antimotines que sirvió para que el Gobierno justificara el uso de la violencia de los policías hacia los manifestantes. Más de 150 detenciones arbitrarias, todos los detenidos fueron golpeados y torturados. 70 detenidos fueron obligados a firmar declaraciones falsas bajo tortura. Nadie daba crédito a lo que estaba sucediendo. El Gobernador Ramírez Acuña fue señalado por su intolerancia, así como por la violencia y maltrato hacia los manifestantes que en su mayoría eran jóvenes de 19 a 25 años. La persecución, acoso e infiltración de miembros de la policía en reuniones y actividades posteriores duró meses. Esta fue mi primera experiencia con la fuerza del Estado y su capacidad de manipular la opinión pública, para desprestigiar los movimientos de protesta ciudadana. A partir de este evento, comencé a dudar de las acciones de protesta y movilizaciones como principal forma de incidir en un cambio del sistema.

Más que un tema de investigación

A inicios del 2008 participé en la versión local del Foro Social Mundial realizado en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Entre los ponentes escuché hablar a Ezequiel Macías, un agricultor “agroecológico” que narró su

historia. La forma en que Ezequiel denunciaba el impacto de las fuerzas del mercado global, en la pérdida del valor de los productos agrícolas básicos y cómo el modelo de producción agroindustrial destruía los suelos y las economías de los campesinos. Después de narrarnos las problemáticas que enfrentó en su salud y en la pérdida de fertilidad de su suelo, Ezequiel, compartió la manera en que tomó conciencia sobre el daño que la agricultura industrial estaba ocasionando a los suelos agrícolas, a la salud de las personas y al medioambiente.

Para Ezequiel, la compra de tractores y el uso de agroquímicos, marcaron el final de la agricultura tradicional de la comunidad. Con la mecanización de la agricultura no sólo se perdió un modo tradicional de producción, sino que en palabras de Ezequiel “ya no ocupas a los demás” las personas se vuelven individualistas y entonces; “empieza ese proceso de muerte de suelo y diversidad, todo se va acabando”.

Me impactó el saber que la salud de los agricultores, estaba siendo afectada por el uso excesivo de agroquímicos. Ezequiel antes de ser productor agroecológico se encontraba en una situación en la cual, su cuerpo ya no le respondía; “el veneno me pegaba, ya no lo estaba tirando, pero mi cuerpo ya no resistía más, estaba saturado de veneno”. Recuerda que para este tiempo todavía tenía un tractor de 80 caballos, sin embargo, para él, era el final; “esas máquinas ya no te van a ayudar en nada”, “el suelo ya está muerto, ya está destruido”. Es en este momento, en donde se dio cuenta que ya no podía seguir adelante con esa forma de producción. En esta etapa de intensa reflexión reconoció que la tecnología; “te vuelve soberbio y crees que le vas a ganar a la naturaleza. A la naturaleza nunca le vas a ganar”.

Me pareció casi subversiva la forma en que dio la espalda al modelo agroindustrial para adoptar un sistema de producción alternativo que lo llevó a tejer nuevas redes y lograr un mejor precio para sus productos, sin estar sujeto a los precios del mercado internacional.

Según Ezequiel, el cambio no fue fácil, ya que este implicaba en primer lugar; “la aceptación de los errores”, esto quiere decir; “perdonarte a ti mismo, por el daño a la tierra y a tu cuerpo”. En segundo lugar, se encuentra; “la resistencia de la familia [...] ellos te van a exigir alimentos, y tienes que cumplir con esa parte [...] (porque sino) te van a pedir que le busques por otro lado [...] esa parte es dura”. La tercera situación conflictiva del proceso es; “el choque con la comunidad, ya que la misma comunidad te rechaza [...] ellos te van a decir; habiendo tanta tecnología y tantos preparados para hacer mil cosas, mil trabajos más fácil”. Para Ezequiel, el origen de estas ideas se encuentra en el hecho de que; “ellos no lo entienden, no perciben el

grado de contaminación y de enfermedad al que pueden llegar al estarse exponiendo a los venenos, más el grado de envenenamiento del suelo y la muerte del mismo suelo”.

Aunque fue una charla de 20 minutos, vi en la historia de Ezequiel una luz que me podría guiar hacia otras formas de resistencia en este mundo que me parecía irremediablemente controlado por los intereses económicos egoístas de las empresas y organismos políticos transnacionales. Con su historia, comprendí que la lucha por la justicia social, no estaba en las calles de las grandes ciudades, había que voltear a ver el campo para encontrar nuevas vías para la autonomía y la emancipación social. El encuentro con Ezequiel despertó la emoción que dio sentido y dirección para emprender un camino en la investigación que articulara mis temas y preocupaciones significativos en mi historia.

Recuerdo una emoción intensa y un incontenible deseo de saber “todo”, sobre aquellos agricultores que encontraron la forma de contestar y resistir a un modelo de desarrollo impuesto, desde los intereses de un sistema que se percibía profundamente injusto. Decidí aplicar a la maestría en antropología social en CIESAS Occidente convencida de que estudiar la agricultura alternativa era un camino que me brindaría la posibilidad de construir otras formas de articulación socio-ambiental. Comprendí que no existe futuro con justicia social si no se incorpora una variable que incluya el cuidado del medioambiente. Como nieta de campesinos, estudiar a los actores de una agricultura campesina, me reconectaba con mis raíces, al mismo tiempo que me brindaba elementos para la construcción de alternativas socioambientales.

Con buenas intenciones: la investigación extractiva

Logré ingresar a la Maestría en Antropología social con una propuesta de estudio sobre la producción, comercialización y consumo de alimentos orgánicos en la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG). Tomé como estudio de caso el tianguis² del Círculo de Producción y Consumo Responsable (CPCR), hasta 2018 era el único lugar dentro de la ZMG donde cada sábado pequeños productores ofrecían sus productos “orgánicos”.

Desde una perspectiva etnográfica, realicé múltiples visitas a Ezequiel y Ramón dos productores del CPCR que provenían del municipio del Salto, Jalisco. Ambos productores radicaban cerca del Río Santiago uno de los ríos más contaminados de México. Este río, recibe descargas de residuos tóxicos industriales y domésticos de más de 280 empresas y granjas

² Término proveniente de la lengua náhuatl *tianquiztli* que significa mercado.

(MARTÍNEZ, HERNÁNDEZ, 2009, p. 3). Ezequiel, vivía en Juanacatlán, una localidad dentro del municipio del Salto Jalisco, a pocos kilómetros del corredor industrial más importante de Jalisco. Si bien, Ezequiel tiene su parcela a unos cuantos kilómetros de la zona más contaminada, su forma de resistencia es rechazar la agricultura industrial, preparando sus propios abonos y produciendo junto con su esposa alimentos sin agrotóxicos. Para ampliar su oferta de productos compraban a un productor vecino leche para elaboración de quesos. Ramón por su parte se dedicaba a recolectar los huevos de pequeños productores de poblados cercanos para comercializarlos en el CPR.

Durante tres meses visité a los seis productores relacionados con este pequeño circuito de producción y comercialización. Compré sus productos, intercambié ideas y pasé tiempo acompañándolos en sus labores. Escuché sus historias las cuales me ayudaron a comprender la urgencia de un cambio hacia una agricultura sustentable. En particular recuerdo a Don Manuel quien consideraba que el uso de agroquímicos y la compra de su primer tractor, fueron clave para que su producción aumentara considerablemente. Sin embargo, el desconocimiento en el manejo de los químicos tuvo también sus consecuencias: “(los químicos) aquí llegaron y se empezó a usar [...] mochábamos los cuernos a los animales y le eche *paratión* al cuerno de las vacas, para los gusanos. [...] Maté los gusanos, pero también las vacas”.

Así como acabo con su ganado, también vivió en carne propia los efectos del insecticida *paratión* en su cuerpo; “alcancé a tirar cuatro hectáreas un día antes [...] al otro día empecé [...] no alcancé a ir al doctor [...] me hizo daño [...] me intoxicé era una intoxicación como las que pegan ahorita, se te nubla la vista, borracho, fue como en el 83... (ahora) prefiero perder la cosecha y no la vida”.

Estas historias no sólo fueron material para un proyecto de investigación, si no también pasaron a ser parte de mi motivación por impulsar un cambio hacia la agroecología. Una vez terminada la fase de trabajo de campo en el municipio de El Salto, a los productores no los volví a ver. A Ezequiel lo seguí visitando en el tianguis del CPR, donde al mismo tiempo que compraba algunos productos, continúe realizando entrevistas a consumidores y otros productores del tianguis.

La investigación iba muy bien, se lograron las metas y los objetivos establecidos. Sin embargo, en el primer encuentro de agricultura urbana realizado en febrero de 2009 al pedir una entrevista a un actor clave, este se negó de manera tajante. Él consideraba que mi trabajo no

aportaba nada, para él o para otros agricultores. Con cierto desdén, señaló que la única beneficiada sería yo al tener una investigación para titularme. En el momento consideré su comentario como una descortesía. Con el tiempo, me pareció que tenía razón. Hasta aquel momento nunca me había cuestionado mi quehacer como investigador. En aquel momento sólo seguía las formas tradicionales de hacer investigación, no tenía los elementos teóricos ni la formación, para redireccionar mi trabajo hacia otra forma de investigación en donde la relación se entre investigador y actores se tejiera en un mutuo beneficio. Este encuentro se convertiría en un detonador para construir otras formas de hacer investigación. Por lo pronto, el proceso de investigación de la maestría estaba ya en curso y a pocos meses concluir. La invitación a continuar un proyecto de investigación para una tesis doctoral me dio la posibilidad de replantear mi rol como investigador en una siguiente etapa.

La agroecología como movimiento social: una nueva trinchera

Durante el trabajo de investigación de la maestría me percaté que, para muchos de mi generación, la vía de la protesta social dejó de tener sentido. Sin embargo, el impulso por buscar alternativas a este sistema que percibíamos injusto y excluyente, nunca cambió. Al igual que yo, otros compañeros de psicología que nos veíamos atraídos por los movimientos sociales y el trabajo comunitario, nos volvimos a encontrar en actividades que se fueron conformando en un movimiento de agricultura urbana. De manera sincrónica, varios jóvenes nos reencontramos en los primeros encuentros que se realizaron en la Zona Metropolitana de Guadalajara en 2009. El primer evento fue el “1er. encuentro de agricultura urbana y ecotecnias”. Nuestra inconformidad sobre este sistema social, nos llevó a vincularnos en espacios de acción e investigación que nos permitieron abonar a una transformación por la vía de la soberanía alimentaria.

Cada quien de distinta forma llegó a la conclusión de que, para lograr una emancipación social, era fundamental asegurar las vías de acceso a obtener alimentos seguros. La resistencia y lucha social no sería posible sin asegurar que la población sea capaz de producir sus propios alimentos o acceder a alimentos sanos directos del productor. Como elemento central coincidíamos en la urgencia de buscar formas de visibilizar y reivindicar la vida campesina. Al concluir la tesis de maestría en 2010, me parecía que recién comenzaba a comprender la urgencia de impulsar procesos de cambio hacia la sustentabilidad socio-ambiental.

En este proceso la conexión campo-ciudad era un tema urgente en el cual, consideré que podía colaborar. Después de los primeros encuentros de agricultura urbana, surgió el impulso por realizar estos encuentros en zonas rurales. Fue así como jóvenes de la ciudad y del campo, además de agricultores se fueron sumando a este tipo de eventos.

Reconfigurando los modos de hacer investigación

En 2010 comencé mis estudios de doctorado en la Universidad de Guadalajara. Si bien, quería hacer un aporte en la generación de conocimiento, tenía también un profundo interés, porque este proceso de investigación fuera pertinente y en lo posible, aportara un beneficio para los diversos actores involucrados en el estudio. Desde que recibí aquella fuerte crítica hacia mi forma vertical de hacer investigación, comencé a observar y cuestionar la forma en que yo y otros colegas hacíamos investigación. La mayoría recurriamos a metodologías extractivas, varios de los agricultores que conocí fueron entrevistados durante años, sin embargo, nunca supieron más sobre las investigaciones que se llevaron a cabo. Tal como en los tiempos de la conquista, nuestros agricultores eran saqueados, se les robaba su tiempo, su historia y saberes.

Rodolfo, un joven agricultor y hábil con las palabras, hacía público en Facebook. A él le molestaba el quehacer de los investigadores que por varios años se acercaron a su localidad para hacer diversos estudios. Él como agricultor orgánico e hijo de uno de los pioneros en esta agricultura comenta:

“El saqueo es creciente. Los directores de tesis, intelectuales y expertos en los asuntos del campo, en los menesteres de la economía campesina, en los temas de producción agropecuaria, especialistas en asuntos rurales ni siquiera son capaces de presentarse frente al campesino, frente a la recolectora³ o mucho menos de dialogar con la abuelita que libre, riega sus plantas medicinales tal como lo hacía su madre. Ahora ellos, mandan tesis con preguntas formuladas en el escritorio del cubículo obedeciendo finas metodologías de investigación que succionan los conocimientos de la tierra y, luego, los depositan en bases de datos transformados y encasillados en conceptos teóricos que, según ellos, fortalecen la ciencia. Todo un crimen”.

Con este comentario Rodolfo presenta la nota que escribió para la sección “Lo que miro desde el surco” en el diario local *Letra Fria* con el título “Extractivismo del saber”. Vale la pena recuperar el siguiente fragmento en donde menciona la opinión de uno de los campesinos de La Ciénega.

³ Jornalera o trabajadora agrícola
Rile/Jile – An International Peer
Review Journal

[Lo que miro desde el surco] Extractivismo del saber

by Carmen Agui 1 semana ago



Por: Rodolfo Figueroa González



14/octubre/2016 La Ciénega, Jalisco. (LF) "Aquí con nosotros han llegado ya varios como desde hace 15 años recuerdo, uno y luego otro, vienen se presentan. Sí son bien a todo dar, muy interesados en lo que uno hace. Preguntan de todo, muy interesados pues en lo de uno, en lo que uno hace y en cómo lo hace, en el por qué y cómo le piensa uno pái trabajo. Te piden permiso al principio y ya después en todo momento con su cámara de grabar ni la aflojan hasta para estar platicando a la hora del almuerzo. Muchas fotos, muchas preguntas... Hasta les invitamos la comida, les damos semillas, compartimos la experiencia, registran toda nuestra palabra y hasta los silencios. Y se van, a veces sin despedirse. Seguro allá presentan luego su trabajo, su tesis que le dicen, se titulan; ¿y uno? Pues en lo mismo. Ellos se vuelven Ingenieros, Licenciados, Maestros con nuestra información y pós acá no nos dejan nada, nos quitaron el tiempo".

Figura 1. Imagen tomada del diario *Letra Fría*. (Figueroa, 14 de octubre de 2016)

Desde que comencé con mi investigación, la inconformidad por la presencia de investigadores estaba presente.

Co-construcción de conocimiento y convivencialidad

Con miras a hacer un proceso de investigación de mayor alcance, que generara gran interés y utilidad entre los participantes, propuse en un primer momento hacer un mapeo para conocer la extensión territorial lograda en la difusión de técnicas agroecológicas por parte de los diversos actores (universidades, organizaciones civiles, colectivos, etc.) involucrados en esta labor desde 1980 hasta 2011. La idea fue muy bien recibida por cada participante. Así que se realizaron diversas entrevistas a los actores involucrados en más de 20 años de promoción de la agricultura sustentable en Jalisco, todos contribuyeron con información para que se visibilizara un esfuerzo en común. Con este objetivo se entrevistaron a 42 personas pertenecientes a 22 organizaciones, instituciones o distintos colectivos.

Su esfuerzo por difundir una agricultura sustentable en conjunto arrojó datos inesperados y muy alentadores. Encontramos que de 125 municipios que conforman el Estado de Jalisco, en 111 municipios se han realizado talleres para la promoción de una agricultura alternativa. Es decir, en el 88.8% de los municipios, en algún momento se han realizado talleres con este objetivo. Sólo en el 11.2% de los municipios no se registró ningún taller, hasta el momento de

concluir las entrevistas. Para un mayor detalle en la siguiente Ilustración se señala con amarillo las localidades que presentaron incidencia de talleres (JUÁREZ, 2016).

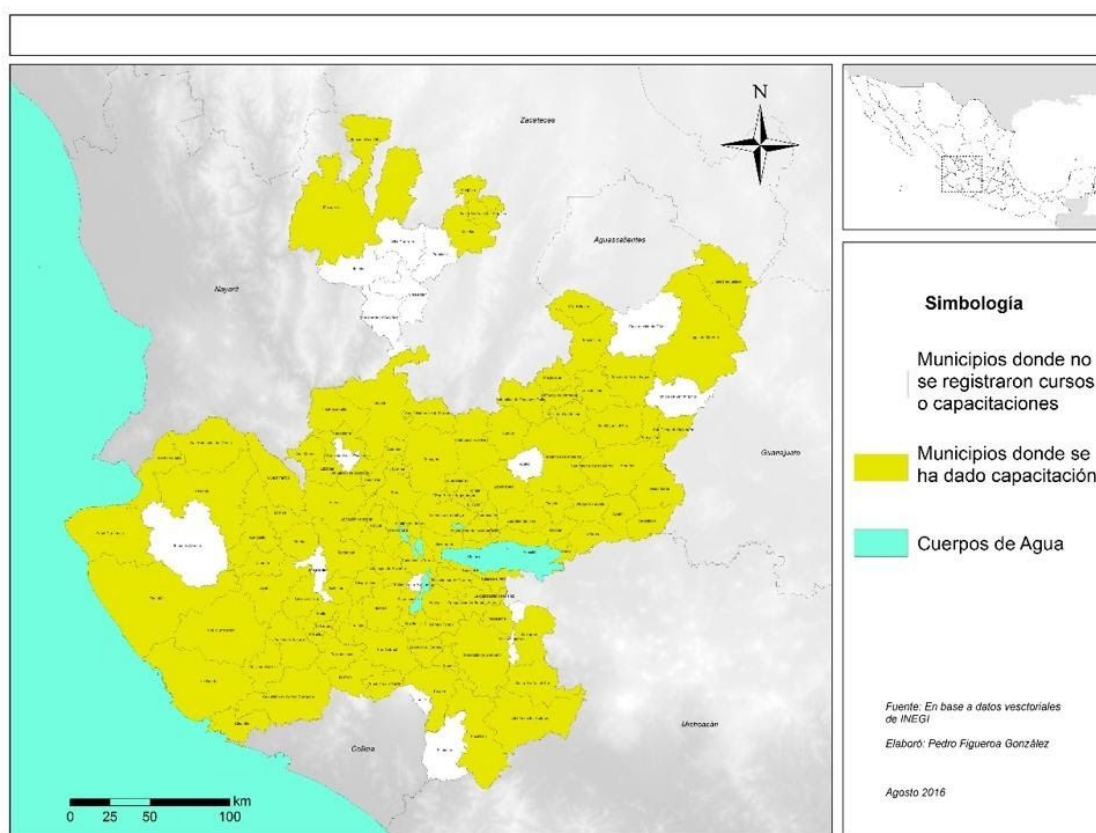


Figura 2. Municipios de Jalisco donde se ha promovido la agricultura sustentable (HELEN; JUÁREZ, 2016, p. 238)

De acuerdo con hallazgos de este estudio, durante las últimas dos décadas, por lo menos 12,386 personas de diversos municipios participaron en los talleres impartidos por nuestros entrevistados. De estos 12,386 asistentes a talleres, un 24% se encuentran dentro de la Zona Metropolitana de Guadalajara y un 76 % pertenece a otros municipios.

El tipo de agricultura que predomina entre quienes atendieron las capacitaciones es de pequeña escala o de traspatio, lo cual nos indica que hay una importante presencia femenina. Respecto a este sector, se estima que del total de los participantes a los talleres un 56% fueron mujeres, el 61% de ellas produce alimentos de traspatio. Solamente se mencionó que un 13% está obteniendo un ingreso por la venta de productos o excedentes. Lo cual, nos habla que la

producción de traspatio por manos femeninas sigue siendo una fuente de alimentos importante para las familias.

El interés generado por este mapeo nos permitió no sólo hacer visible más de 25 años de esfuerzo en la difusión de una agricultura alternativa, si no también reconstruir las redes y vínculos que han dado forma al movimiento de agricultura sostenible entre actores urbanos y rurales.

Construyendo vínculos campo-ciudad

Cuando comencé el estudio sobre la producción y comercialización en la ZMG en 2008, sólo existía un tianguis y un par de tiendas como “La Ecotienda” y “Puro Orgánico” ambas partían de conceptos distintos, la primera ofrecía tanto productos de pequeños productores sin certificación de orgánico, como productos certificados. La segunda sólo ofrecía productos certificados. Ambos proyectos conservaban un vínculo con proveedores de otros estados que garantizaban su acceso a productos de manera regular. Para este año, otras iniciativas como las tiendas de venta de alimentos orgánicos, ya habían desaparecido. Ambas tiendas en común aspiraban a comercializar productos netamente locales. Tal objetivo, se dificultó por falta de una logística eficiente que les permitiera proveerse de los productores de manera regular. En su mayoría los agricultores estaban acostumbrados a sembrar pocos productos y a vender sus cosechas enteras. Esta dinámica comercial causaba una problemática al momento de colocar un producto en la ciudad ya que, los canales de comercio alternativo en aquel momento, no tenían la capacidad de absorber una cosecha entera y menos aún si era alimentos perecederos. Tomó tiempo para que unos pocos agricultores comprendieran el ritmo y demanda de los consumidores urbanos.

La experiencia del comercio local, fue una dinámica donde productores y comercializadores estaban construyendo con diversas dificultades, la forma de vincularse y formar alianzas. Para las tiendas, los gastos fijos, la demanda de productos frescos en cantidad y diversidad, hacían difícil mantener clientes cautivos. Por otra parte, en algunos casos la falta de pago o largos retrasos en los productos entregados, hacían que muchos agricultores desistieran a continuar comercializando hacia el mercado urbano. Escuchar las problemáticas de boca de los impulsores de estos proyectos que no sobrevivieron, dejaba en claro que el tema de la comercialización era

más complejo y ameritaba un cambio en las formas tradicionales de producción, así como la urgencia de buscar algunas estrategias de comercialización.

Pese a que por años la comercialización fue todo un reto, a partir del 2009, comenzó una nueva etapa. Cada año surgían nuevas alternativas de consumo. La demanda de productos ecológicos notablemente había crecido, sin embargo, el número de pequeños productores no crecía en la misma velocidad a la demanda de productos orgánicos frescos. Fue así que proliferaron muchos tianguis de alimentos procesados. Se puso de moda los productos “Gourmet”, sin embargo, la mayoría de los ingredientes eran de origen convencional. Estas iniciativas reflejaban un creciente interés por generar canales de comercio alternativos, al mismo tiempo de una recuperación de los espacios públicos para el comercio y la convivencia. Los distintos mercados alternativos que tuve oportunidad de visitar tenían una imagen llamativa, comerciantes jóvenes, productos novedosos y un cuidado en la estética que hacían atractivos estos lugares para el consumidor. Sin embargo, la mayoría carecían de productos frescos y de un vínculo con productores locales.

No bastaba con detectar esta situación e incorporarla como hallazgo en la tesis, así que a partir de 2012, comencé a organizar visitas de consumidores y comercializadores con diversos agricultores de la región Costa Sur de Jalisco. Estaba convencida de que para lograr que un consumidor se comprometiera con un productor debía conocer su realidad. En estas visitas a productores que no habían tenido la experiencia de compartir su trabajo con personas externas, pude observar que, el ser reconocido y valorado por el consumidor final era una forma en la cual se motivaban para profundizar en su proceso de transición hacia un manejo agroecológico. Sólo algunos productores lograron vínculos de comercialización con quienes les visitaron, sin embargo, este contacto, permitió a estos productores obtener una venta minorista, pero con un precio mucho mejor y estimulante para mantener el proceso de transición.

Convivencialidad: un valor ético en el proceso de investigación

En esta reconfiguración de mi quehacer como investigador, busqué un mayor involucramiento, lo expresado hasta aquí, fue parte de un proceso en el cual, pasé de la actitud pasiva de recolección de datos, a un acercamiento activo donde el centro es la colaboración y construcción de vínculos. En esta etapa lo que buscaba era sumar esfuerzos a un proyecto común. La recolección de datos para la tesis se tuvo que subordinar a esta nueva forma de

acercamiento. Sin saberlo aún, trataba de construir lo que Iván Illich llamaba relaciones de convivencialidad, la cual describe así:

La relación convivencial [...], es la acción de personas que participan en la creación de la vida social. Trasladarse de la productividad a la convivencialidad es sustituir un valor técnico por un valor ético, un valor material por un valor realizado. La convivencialidad es la libertad individual, realizada dentro del proceso de producción (ILLICH, 1978, p. 36).

En el proceso de reconfiguración de mi quehacer como investigador la construcción de relaciones de reciprocidad, acompañamiento y colaboración fue una forma de participar y superar la clásica y limitante propuesta metodológica de distanciamiento social con la cual, se supone mantendría un “rigor científico”.

A estas alturas, consideraba que el abordaje de un tema de estudio desde el enfoque cualitativo positivista sugiere el quehacer del investigador como una acción ajena a su realidad. Alfredo Ghiso sugiere una metáfora que ejemplifica bien lo que es la investigación social desde una perspectiva positivista:

Alguna vez para explicar lo que se podía entender por investigación social relaté la historia de un buzo que entraba en las profundidades del mar, se internaba en él, a veces no se mojaba, ni sentía el agua, la suponía, porque tenía un grueso traje impermeable. En otras oportunidades se daba el gusto de sentir el agua en todo su cuerpo, experimentándose mar, pez u ostra... su piel, sus sentidos, su emoción quedaban impregnados de mar y de sal. Pero este buzo no podía quedarse allí, no era de ese lugar, aunque lo conocía muy bien. Salía de las profundidades marinas y se encontraba con sus amigos para contarles lo que había visto y experimentado. Los amigos le hacían preguntas, él las respondía y si no podía, conjeturaba, elaboraba con ellos algunas sospechas que lo moverían nuevamente al mar con nuevas inquietudes. Esta historia del buzo fue la artimaña para contarle a un grupo de jóvenes y líderes comunitarios de un barrio lo que pretendíamos hacer, como colectivo, durante el proceso de investigación. (GHISO, 2006, p. 349).

El que hacer del investigador desde esta perspectiva, implica la existencia de una barrera (traje de buzo) con fines de ser “objetivo”, aunque también significa no sentir y suponer la realidad de los otros. Mientras que al buzo se le niega la posibilidad de saberse parte de una realidad compartida, se le convierte en “objeto” que investiga algo a lo cual “no pertenece”. Es decir, se sobrepone el método por encima de su propia experiencia. Por tanto, experimenta sólo lo que el método le permite. En este relato metafórico al señalar que “este buzo (el investigador) no podía quedarse allí, no era de ese lugar” asume que el investigador es ajeno a lo que está investigando. Sin embargo, en este escrito autoetnográfico se demuestra que es una falsa premisa. Hacemos investigación a partir de nuestra experiencia de vida, intereses, preocupaciones, sueños y utopías. La idea de “objetividad” como se entiende en el discurso

positivista niega que el investigador es un sujeto con historia y emociones que le dan sentido a la experiencia de investigación.

Estoy convencida de que los actores sociales que nos proporcionan información “datos”, no sólo hacen una valoración de nuestras intenciones, si no que muchas veces también son capaces de percibir la profundidad con la cual, nos aproximamos. Esta percepción que ellos tienen sobre el investigador, sin duda tiene una influencia en la sinceridad con la cual brindan información. Al respecto, durante estos últimos años he sido testigo de cómo en repetidas ocasiones, compañeros agricultores ocultan información o brindan información incompleta e incluso, mienten si no hay confianza en el entrevistador, si no hay interés en el objetivo del estudio, si no comprenden las intenciones de la entrevista o cuando hay un prejuicio en torno a la persona que les entrevista. ¿Qué tan verdadero o confiable es el dato obtenido? Sería ingenuo pensar que el entrevistado no es afectado por la presencia del investigador y sus intereses. El investigador, trepado en su nube de objetividad pierde de vista que, también es observado e interpretado por los otros.

Por tanto, el mayor error del modelo de pensamiento positivista es negar el carácter racional de los otros, así como su forma de generar conocimientos verdaderos (SANTOS, 2009). Considero que hacer investigación desde un nuevo paradigma nos invita a la construcción de una experiencia común que, si bien ayudará a comprender y dar respuestas a preguntas e incógnitas de investigación. Sobre todo, debe pensarse en un proceso que nos involucra y compromete a la reciprocidad, es decir, tener como principio el beneficio de las dos partes y abonar a un objetivo común. Tal postura, me posiciona dentro de la perspectiva de la investigación militante, la cual parte de:

“diseñar un estilo de investigación que implique una actitud cooperativa con los grupos estudiados y una dedicación explícita a los contextos en los que el trabajo de investigación se inscribe. Pero no sólo se trata de un cambio de actitud y orientación, sino que se afirma que es el cambio de la realidad lo que obliga a la renovación metodológica”. (ECHAVARRÍA; MONTOYA 2006, p. 2).

Desde esta perspectiva, la generación de información es un producto del proceso que, por ética y compromiso social, no debe estar por encima del proceso mismo. Este es un principio fundamental para mí, ya que al terminar la investigación seguiré siendo parte de una red de actores que comprendo cada vez más no sólo por ser tema de estudio, sino porque soy parte de la misma. Desde esta perspectiva, me es posible pensar que el proceso de investigación es una tarea

que podrá tener mayor sentido para el conjunto de actores y no solamente un ejercicio del cual, la única beneficiada sería yo.

Comunicación de la ciencia y autoetnografía

Este involucramiento participativo y convivencial representó un cambio significativo en las relaciones que fui tejiendo con diversos grupos de productores. Sin embargo, mi forma de redacción y de comunicación de los hallazgos no lograba transmitir la riqueza de este proceso. Frente a esta limitante en mi expresión escrita, la autoetnografía representó una posibilidad para comunicar aspectos subjetivos, esenciales que dieron mayor sentido y profundidad a los procesos de construcción de conocimiento.

Esta disonancia entre la práctica y la forma de comunicar de manera escrita, me impulsaba a explorar otros estilos de escritura. En este proceso de cambio fue de gran ayuda el participar en algunos seminarios enfocados a la formación de metodologías transdisciplinarias, el Seminario de Investigación Dialógica y Transdisciplinaria organizado por Susan Street y Humberto Gonzáles en 2014 en el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social de Occidente fue un primer acercamiento a otras formas de hacer investigación. Posteriormente participé en el Seminario de Formación en Investigación Dialógica, Narrativas Autobiográficas y Autoetnografía. Este fue mi primer acercamiento para cuestionarme, reflexionar y buscar nuevas rutas para continuar en la deconstrucción de mi forma de hacer investigación.

Un segundo espacio clave en proceso de revolución comunicativa, fue cuando Susan Street propuso un nuevo seminario, sólo para mujeres que hacen investigación. Quienes aceptamos participar nombramos a este espacio “Ovulario” como una crítica de la noción de semen-seminario que resultaba un término que masculinizaba el espacio de diálogo. La redacción de narrativas fue la actividad central que nos convocaba. La retroalimentación y emociones compartidas en cada sesión me revolucionó en varios aspectos. En un primer momento, me permitió profundizar la autocrítica que venía construyendo sobre la manera en que hacía investigación, logré identificar que tenía una forma muy despersonalizada para comunicar los hallazgos. Es decir, me di cuenta que mis escritos en tercera persona y a veces en plural, no lograban transmitir la riqueza de la experiencia. Mis textos carecían de emoción y del

sentimiento que se habían generado durante el proceso. Si bien, esta es una forma aceptada e incluso obligada para comunicar un proceso de investigación, me permití explorar otras formas de comunicación en mi quehacer como investigadora.

Hasta aquel momento, nunca consideré la autoetnografía como una posibilidad de comunicar a otros, mi mundo interior y la subjetividad que me vestía. Mi principal reto, fue aprender a comunicar mi interior, es decir, organizar mis ideas, emociones y experiencias por dolorosas o tristes que éstas fueran, aprender a dejar fluir. La autoetnografía resultó un ejercicio catártico y a la vez, emancipador. En esta etapa hubo un momento en el que las narrativas parecían más un ejercicio de terapia, un desahogo sobre diversas dificultades que estaba atravesando en lo personal, en lo familiar y en mi proceso académico como estudiante del doctorado. Un tercer momento en este proceso fue comprender que más allá del desahogo, la autobiografía me permitía reconocer mi historia de vida como la fuente de los caminos trazados en la investigación desde los primeros proyectos hasta mi tesis doctoral. La esperanza de otra forma de coexistencia y los valores en los que yo creía, fueron dirigiendo los procesos de investigación-acción que estaba tratando de construir en los últimos años.

Esta reflexión llegó en un momento en el que mi vida había sufrido cambios importantes, así que compartir narrativas y reflexiones en el “Ovulario” me permitió no perder de vista los trayectos de vida que me llevaron a hacer de la investigación; una herramienta importante para el cambio y la construcción de mi propia utopía. Las narrativas, me permitieron lograr un mayor entendimiento y hacer sentido de la experiencia, del investigador. (BLANCO, 2011).

Reflexiones finales

Como investigador, la auto etnografía me ayudó a reconocermi en mi rol de mujer, madre, investigadora y activista, reconociendo “quién soy, quién he sido, y cómo me siento afectada”, es decir, una aceptación y reconocimiento de cómo adquiero, organizo e interpreto el conocimiento (WANDA PILLOW, 2003, p. 176). La investigación militante, ha sido un ejercicio de crecimiento que me ha generado la confianza necesaria para moldear un estilo propio para mostrarme como investigadora a través de mi historia, pero sobre todo para sentir y pensar y construir saberes junto con esos hombres y mujeres están en el terreno, sin los cuales los investigadores no somos nada.

Estudiar los procesos de cambio hacia la agroecología, nos implica como sujetos sociales. La crítica de la agroecología, no solamente es hacia un sistema agroindustrial, si no también hacia las formas de construcción de conocimiento horizontal propias del paradigma positivista. Esta crítica nos obliga a implementar estrategias y posicionamientos comprometidos para la investigación, así como el establecimiento de vínculos horizontales con los actores de cambio. En este sentido la autoetnografía la considero una herramienta reflexiva que ayuda a visibilizar los elementos que articulan la historia personal con un proyecto colectivo encaminado a la sustentabilidad social y ambiental.

Al reconocernos como sujetos con historia e intereses personales y con un ímpetu por incidir socialmente desde nuestra experiencia, ejercemos un acercamiento al campo con mayor disposición a un diálogo solidario y transdisciplinar. Este giro epistemológico además de generar condiciones propicias para la construcción de conocimiento colaborativo, nos lleva a generar lazos de complementariedad, sea campesino, académico o activista, en el fondo somos historias que se entrelazan, al mismo tiempo que somos interdependientes nos complementamos.

Referencias

- BEJARANO. Fernando, **Los Plaguicidas Altamente Peligrosos en México**, Red de Acción sobre Plaguicidas y Alternativas en México, A. C. (RAPAM), Estado de México, 2017
- BLANCO, M. Investigación narrativa: una forma de generación de conocimientos. **Argumentos**, vol. 24, núm. 67. Pp. 135-156, 2011
- FIGUEROA, Rodolfo. **Extractivismo del saber**. “Lo que miro desde el surco”. Letra Fría, 14 de octubre, 2016
- GHISO, Alfredo. **Metodología de investigación social. Introducción a los oficios**. Coord. Manuel Canales Cerón. Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2006. P. 349.
- ILICH, Iván. **La convivencialidad**. México: Posada, 1978.
- LÓPEZ L. Leonardo, y OLMEDO, Bertina. Los monolitos del mercado y el glifo tianquiztli. **Arqueología Mexicana**, vol. 101, p. 18-21, 2010.
- PILLOW W. Confession, catharsis, or cure? Rethinking the uses of reflexivity as methodological power in qualitative research. **International Journal of Qualitative Studies in Education**, 16:2, 175-196, DOI: 10.1080/0951839032000060635 (2003)

- QUINTERO F. Sufre Periquita por calcetines chinos. **Mural**. 5 de enero de 2005. Recuperado de <https://mural-guadalajara.vlex.com.mx/vid/sufre-periquita-calcetines-chinos-79525783>.
- SANTOS, B. de S. **Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social**. (J. G. Gandarilla, Ed.). México: Siglo XXI: CLACSO, 2009.
- SCRIBANO, A., y DE SENA, A. Construcción de conocimiento en Latinoamérica: algunas reflexiones desde la auto-etnografía como estrategia de investigación. **Cinta de moebio**, (34). Pp. 1-15. 2009.
- STREET S. **Informe Final Técnico- académico proyecto FOMIX-CIDYT del CIESAS**, 2014 disponible en: <https://www.dropbox.com/sh/6unqsdmbgbd076e/AABSnB6lis-wfqvY8pJwWc3Ea/Informe%20Narrativo%20Té%C2%81cnico%20Acadé%C2%81mico%20CIDYT.pdf?dl=0>.
- STREET, S. **Trayectos y vínculos de la Investigación Dialógica y Transdisciplina: narrativas de una experiencia**, Cuernavaca, México: UNAM-CIESAS, 2015.
- TORRES, M. de Oca, J. Antecedentes y perspectivas de los mercados públicos municipales de Guadalajara. **Carta Económica Regional**, (65), pp. 3-12. 2019. DOI: <https://doi.org/10.32870/cer.v0i65.7700>.
<http://www.cartaeconomicaregional.cucea.udg.mx/index.php/CER/article/view/7700/6740>.